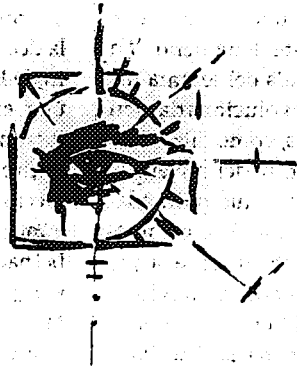


Diez años después Apuntes complementarios sobre

la LITERATURA ECUATORIANA CONTEMPORÁNEA

Galo Galarza *



Cuando debo organizar un conversatorio sobre la literatura ecuatoriana contemporánea (parte de las Jornadas Culturales del Ecuador en Francia) y reviso

aquella conferencia que pronuncié hace una década en una pequeña universidad de New Jersey y que se publicó en esta misma revista¹, no puedo dejar de asom-

(*) Ministro de la Embajada del Ecuador en Francia.

1) Me refiero a la conferencia que titulé: "Panorama de la nueva literatura ecuatoriana - la narrativa y la poesía-", que se publicó en la revista AFESE, número 14, mayo-agosto 1988 y en otros periódicos y revistas de menor circulación.

El conversatorio sobre la literatura ecuatoriana que menciono, se produjo en el auditorio de la universidad Sorbona de París, el día 15 de mayo de 1998, y estuvo dirigido por el profesor Daniel PAGEAUX, Director del Centro de estudios de Literatura Comparada de dicho prestigioso centro académico.

brarme y hasta enternecerme por el candor con que allí menciono algunas ideas, hechos, autores y circunstancias sin saber que la década del noventa, la última del siglo XX, iba a traernos tantas sorpresas y cambios; y que, sobre todo, iba a ser tan radicalmente opuesta a la del sesenta, con la cual arrancamos nuestro análisis. Fue exactamente como saltar de un polo a otro, del positivo al negativo o del cátodo al ánodo, dependiendo de la óptica con que se quiera mirar este fenómeno. En efecto, si la década del sesenta fue una década revolucionaria, en muchos aspectos, como dije en mi artículo anterior, la del noventa, la última del siglo, fue profundamente reaccionaria. Si a comienzos de los sesenta se creía a pie juntillas, en muchos círculos intelectuales, que el mundo caminaba irreversiblemente hacia el socialismo, visto como una etapa superior en la evolución socio-política del mundo, de la forma, un tanto cuadrada, como nos habían enseñado nuestros mayores y lo habían corroborado los más leídos autores de nuestros años juveniles, hoy se habla del fin de la historia, del fin del socialismo y del

triunfo "omnipresente y omnipotente" del sistema neoliberal. Es "la hora del neoliberalismo", dice un autor² con toda la soberbia del caso y con un coro de innumerables voces que le secundan y le aplauden.

Los "intelectuales orgánicos" de la derecha se volvieron, de pronto, tan fanáticos y dogmáticos como eran los de izquierda en las décadas pasadas.

En el mundo se han producido cambios increíbles: a finales de la década del ochenta cayó el "Muro de Berlín" y, luego, llevados por una especie de ley del dominó, fueron cayendo uno tras otro, envueltos en sus debilidades, contradicciones y mentiras, todos los regímenes socialistas de Europa, gobernados ahora, cuando termina el siglo, por furiosos anticomunistas, cultores del neoliberalismo más radical y afanosos de ingresar como miembros plenos de la OTAN, la Comunidad Económica Europea, el Fondo Monetario Internacional y otros foros internacionales considerados hasta hace poco como "guardias del imperialismo", "infiernos del capitalismo internacional" y otros nombres con los cuales solían describir a es-

² Eduardo DURAN-COUSIN, "La hora del neoliberalismo en América Latina". Edición de la Fundación Hans Seidell y la Academia Diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, con prólogo de Blasco Peñaherrera Padilla, ex-Vicepresidente de la República.

tos foros internacionales, mientras que sus pueblos se desgarran en guerras intestinas o se ven azotados por un gansterismo peor que el de Chicago de los años 30 o se han partido en dos, tres, cuatro porciones territoriales con deficientes resultados económicos o se han colocado a la fila de los que piden caridad en el mundo. En alguno de los países asiáticos que estuvo bajo la "órbita de Moscú" y que fue "liberado por las fuerzas del occidente liberal y cristiano" como dicen los partes de guerra hoy mismo se vive una pesadilla sin nombre: se ha impuesto a sangre y fuego un sistema del más abyecto fanatismo religioso. Las pocas distracciones que tiene el pueblo son acudir todos los fines de semana a los estadios a mirar, borracho de venganza y sangre, como decapitan o mutilan a los proscritos. Allí mismo, se han cerrado ya las escuelas para las mujeres, a quienes, además, se las obliga a cubrirse íntegramente el rostro bajo amenazas de la peor índole. Estas son las mujeres "liberadas" por San Ronald Reagan y por Santa Margaret Thatcher, los apóstoles que triunfaron sobre el "imperio del mal". Desde este mismo país se han llevado a cabo, según señalan otros partes de guerra, operaciones terroristas nada menos que contra embajadas de

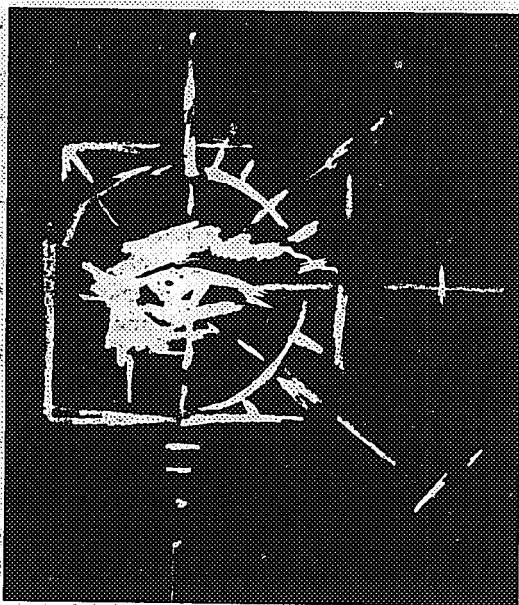
Estados Unidos en Africa. Los "soldados de la libertad" se han convertido de pronto en "terroristas fanáticos". Cosas que nos ha tocado ver en el fin de siglo.

Y, de alguna forma, ese fenómeno que percibimos en los países del este europeo, también lo vemos con tristeza en las actitudes de ciertos revolucionarios de antaño. Muchos de los intelectuales latinoamericanos, rebeldes de comienzos de los sesenta, son ahora furiosos neoliberales que reniegan afanosamente de su pasado y ocupen sobre sus "perturbadas conciencias". Y así como los países ex-socialistas europeos buscan afanosamente sitios en los organismos internacionales capitalistas, de igual forma, con el mismo empeño y con honrosas excepciones, algunos de los hombres "ex-socialistas" buscan acercarse a las esferas del poder capitalista y disfrutar de sus encantos con una furia y hambre atrasada que produce asco. Poder que puede encontrarse, por cierto, no sólo en las esferas del Estado (aquel "Ogro Filantropico", del cual renegaba Octavio Paz y sobre el cual se disparan todos los dardos y venenos), sino también y con igual perversidad, en los grandes medios de comunicación social, las empresas y universidades privadas, las ONG con financiamientos millonarios del

exterior y ciertos organismos internacionales (aquella burocracia dorada y golosa, pintada con maestría por Albert Cohen, que tanto gusta a los ex-guerrilleros). Inclusive aquellos autores que se mantienen al margen del poder estatal o empresarial pero que han conseguido reconocimiento internacional por su obra, en su gran mayoría, son ahora, rabiosamente anticomunistas, críticos acérrimos de la revolución cubana (a la que cantaban loas en la década del sesenta). Dictan sus conferencias bien pagadas y reglamentadas en las universidades norteamericanas y europeas, se bautizan en todas las academias y bendicen sin sonrojarse a foros tales como la OEA, el Club de París o el Pen Club, de los cuales hasta hace poco renegaban con violencia. En definitiva, lo que pasó con los gobiernos pasó con los hombres. Uno de los más radicales intelectuales de la izquierda nacional de los años sesenta formó binomio que aspiró a la Presidencia de la República con una insólita con uno de los más conspicuos oligarcas del país, heredero de la mayor fortuna del Ecuador.

Pero no nos desviemos de nuestro tema. Cuidado. Volvamos a la literatura. Digamos, de acuerdo al asunto de nuestro interés, que la literatura latinoamericana sigue teniendo una presencia importante en el escenario internacional. Si bien han desaparecido en estas dos últimas décadas grandes figuras como Alejo Carpentier, Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, Julio Cortázar, José Donoso, han continuado apareciendo obras trascendentes, que se han traducido a varios idiomas, de autores muy conocidos como el ya mencionado Octavio Paz (a quien se entregó sintomáticamente el Premio Nobel de Literatura el año 1990)³, Jorge Amado, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa (estos tres últimos los autores sobrevivientes del famoso "boom", quienes publican su gloria les permite, faltaba más, varias novelas que no pueden ponerse a la altura de sus primeras, grandes obras, pero que entretienen a sus públicos cautivos y les dan a ellos importantes réditos), a los que se han sumado autores de las nuevas generaciones como el mexicano Fernando del Paso ("Palinuro de

(3) Mientras escribía este artículo, la noche del 20 de abril de 1998, moría en México este gran poeta y ensayista mexicano, con muchas de cuyas rabiosas reacciones contra todo lo que olierá a izquierda jamás estuve de acuerdo, pero no puedo jamás dejar de reconocer su inmenso valor como escritor y su valentía para afrontar temas tremendamente delicados y conflictivos a los que nadie quería abordar por comodidad o cobardía.



México" y "Noticias del Imperio"); el peruano Alfredo Brice Echeni que ("El hombre que hablaba de Octavia de Cadiz", "La vida exagerada de Martín Romaña", "No me esperen en abril", entre otras novelas de gran factura y humor desbordante que es la principal característica de este autor); la chilena Isabel Allende ("Eva Luna", "La casa de los espíritus"); el argentino Oswaldo Soriano (muerto prematuramente, autor de "Triste solitario y final"); el cubano Guillermo Cabrera Infante ("Tres tristes tigres", "La Habana para un infante difunto"); entre otros y otras; por-

que la presencia de escritoras latinoamericanas es el gran signo de estas últimas décadas (solamente como ejemplo cito a tres mexicanas que están en un sitio destacado de la literatura del continente: Elena Poniatowska, Angeles Mastretta y Laura Esquivel); y a dos brasileñas: Nelida Piñon y Clarice Lispector, esta última también fallecida en la cumbre de su magnífica producción intelectual.

Tal es el prestigio de la literatura latinoamericana que la habilidad de ciertas editoriales y la astucia y el talento de algunos autores mucho más jóvenes les ha puesto

otra vez en primer plano a nivel mundial y ahora hasta se dan el lujo de romper "records" de ventas en Europa y Estados Unidos con obras más publicitadas que brillantes. Son cultores de temas atractivos para el público masivo: esoterismo, ecologismo, erotismo, homosexualismo, anticastrismo. Me refiero, por ejemplo, al brasileño Paolo Coello ("El Alquimista"), al chileno Luis Sepúlveda ("El viejo que leía novelas de amor"), al peruano Jaime Bayle ("La noche es virgen") o la cubana Zoe Valdez ("La hija del embajador"). Éxito que jamás tuvieron en décadas pasadas escritores de la talla de José Lezama Lima, Juan Rulfo, João Guimarães Rosa o el mismo Jorge Luis Borges.

El Ecuador, nuevamente, no ha podido poner ningún autor masculino, femenino o neutro en el circuito internacional, en este "segundo boom" o "nueva ola", como llaman algunos críticos a la presencia de autores latinoamericanos en los mercados editoriales de Europa y Estados Unidos, pese a que eso es lo dramático a que tiene una producción importante y cuenta con autores que bien merecen ese reconocimiento del que hablamos. Ya mencionaré algunas razones por las cuales, a mi criterio, eso no ocurre. Pero ahora que volvemos al Ecuador y nos ubica-

mos en el punto central de nuestro análisis, cabe mencionar que ha transcurrido desde 1979 uno de los períodos más largos de democracia representativa: a Jaime Roldós, muerto en un torpe y oscuro accidente de aviación, le reemplazó su vicepresidente demócratacristiano Osvaldo Hurtado, con quien arranca verdaderamente el modelo de ajuste neoliberal en el país; a éste le sucedió el socialcristiano León Febres Cordero (en cuyo gobierno se cometieron vergonzosas violaciones a los derechos humanos en su pequeña guerra sucia contra los movimientos revolucionarios "Alfaro Vive Carajo" y "Montoneras Patria Libre", ambos eliminados a sangre y fuego); a Febres Cordero le sucedió el socialdemócrata Rodrigo Borja (quien consigue un buen manejo de la política internacional, muy venida a menos en el régimen anterior); a éste le sustituye, en un movimiento de péndulo entre "derechas e izquierdas", el ex-Alcalde de Quito Sixto Durán Ballén, apoyado por una coalición de partidos y grupos heterogéneos de la derecha ecuatoriana. Con el régimen de Durán Ballén comienza un verdadero calvario para el Ecuador: se produce un nuevo enfrentamiento armado con el Perú; el Vicepresidente de la República, Alberto Dahik huye del país enre-

dado en manejos económicos turbios; sucesivas crisis energéticas; sequía en las principales represas; llevan a la quiebra a pequeños negocios y dejan en la desocupación a cientos de ecuatorianos. Toda esa desastrosa situación y la falta de políticas sociales del régimen conservador, abonan el terreno para que gane las elecciones, en 1996, un gobierno populista conducido por Abdalá Bucaram, personaje burlesco y siniestro; un rey Ubu de ascendencia libanesa, salido y apoyado fundamentalmente por los sectores suburbanos de Guayaquil, quien apenas dura seis meses en el poder y es depuesto el 5 de febrero de 1997 por un movimiento popular extraordinario que sin derramamiento de sangre corta las alas de este régimen caracterizado por la más vergonzosa inoperancia y la más cerdosa co-

rrupción⁴.

Como consecuencia de este movimiento y después de un pintoresco episodio en el cual asume el poder por unas horas la Vicepresidenta de Abdalá Bucaram, Rosalía Arteaga⁵, llega a la Presidencia de la República el presidente del Congreso, Fabián Alarcón quien, lamentablemente, no logra ponerse a la altura de ese magnífico movimiento popular y termina haciendo un obscuro y mediocre gobierno de transición caracterizado, vaya pesadilla, por escándalos de corrupción y malos manejos públicos. El hombre fuerte del régimen: César Verduga huye nuevamente del país y se refugia, vaya paradoja para otro hombre de izquierda de los sesenta, en los Estados Unidos, país que junto a Panamá y Costa Rica forman la trilogía de destinos donde se refu-

(4) Se ha escrito en el Ecuador una considerable literatura sobre este movimiento popular y el gobierno de Abdalá Bucaram. Quizá valga la pena mencionar, sin embargo, el libro de Jaime Costales titulado "La plaga" (Editorial El Conejo, Quito, 1998) como la caricatura más sórdida y certera de este período.

(5) La Vicepresidenta Rosalía Arteaga resulta ya un caso curioso en la vida política del Ecuador. Es la primera mujer que, en un tiempo récord, llega a ocupar los más altos cargos en la vida institucional de la historia del Ecuador: Subsecretaria de Cultura, Ministra de Educación, Vicepresidenta y Presidenta de la República. De ser una simpática ama de casa y profesora de colegio secundario en la provincia del Azuay, con aficiones literarias y un espíritu de gran tenacidad y ambición, salta a la palestra política y ocupa los primeros planos señalados, en medio de polémicas y disputas políticas que ya son, como digo, parte de la historia del Ecuador. De su paso por el poder escribió un libro: "La Presidenta" (Editorial particular, 1997), que pese a sus fallas formales y a ciertos pasajes prosaicos, resulta un interesantísimo alegato contra la corrupción y las ambiciones de los políticos criollos. En él se describe un tinglado de farsas en el cual desfilan virreyes gringos, generales gloriosos, políticos de todos los colores y, por supuesto, ella y su hermana Claudia, que son las "heroínas" del libretto.

gían todos los prófugos, acusados de malos manejos públicos. Como complemento de la desgracia y para cerrar ese calvario del que habíamos azotado al país durante varios largos meses el llamado "Fenómeno del Niño" (ese calentamiento del agua marina que provoca lluvias torrenciales) y se convierte en una de las mayores catástrofes de la historia del Ecuador (más de 200 muertos, pérdidas por 250 millones de dólares, destrucción de una importante infraestructura de la costa); al mismo tiempo que el precio del petróleo, principal rubro de exportación con el cual se financió en gran medida el presupuesto del Estado, cae en el mercado internacional a límites jamás imaginados.

En 1998 asumirá el poder un gobierno al que tocará conducir una verdadera reconstrucción del país en todos los órdenes: político, económico y moral. Si no lo consigue estará abierto, a mi criterio, el camino a una insurrección popular de diagnóstico reservado o a una "dictablanda" militar o "democracia" civil de igual pronóstico, porque la situación de miseria y desesperación tiene también su límite y aunque el pueblo ecuatoriano es un pueblo tranquilo, suele ser terrible cuando pierde la paciencia (la revolución liberal, la

guerra de los cuatro días, la "Gloriosa" del año 1928 y el mismo movimiento de febrero de 1997, son ejemplos palpables de ello).

La literatura ecuatoriana en este escenario se mueve pero no trasciende. Sigue siendo, en gran medida, una literatura marginal y desconocida en el ámbito internacional. Grandes figuras desaparecen del escenario: mueren Alfredo Pareja Diezcanseco, el último sobreviviente del Grupo de Guayaquil; Agustín Cueva Dávila, el mayor teórico y crítico de su generación, quien deja un vacío inmenso y un espacio que hasta ahora no ha podido ser llenado; y Francisco Tobar García, el mayor poeta y dramaturgo de la "aristocracia" quiteña, de la cual se vuelve precisamente el peor y más terrible crítico.

De la producción de los "talleristas", en las que había personalmente puesto muchas esperanzas en mi artículo anterior y de cuyo movimiento fui de alguna manera, un activo "militante", quedan muy pocas luces y muy pocas constancias. Es más, antes de terminar la década de los ochenta los talleres -aquellos que tenían nombres zoológicos, actitudes irreverentes e invocaciones taumaturgicas: Tientos y Diferencias, La pedrada zurda, el Matapiojo, la Mosca Zumba, la Pequeñalulupa-

han desaparecido, ya porque han desechado esa práctica quienes los formaban o porque se han convertido, como en el caso de la "Pequeñalulupa", en revista literaria, empresa editora y promotora cultural (me refiero al caso de Eskeletra, del cual hablaré con más detenimiento en otra parte de este trabajo).

Escritores que parecían llamados a dar la "gran novela" para el Ecuador publican, siguen publicando, libros menores, "divertimentos" o cuentos de ángeles y boberos. Mas bien, los autores ya consagrados y con algunas obras a su haber siguen aportando novelas dignas de mencionarse, me refiero a Jorge Enrique Adoum ("Ciudad sin angel"), Alicia Yáñez Cossio ("Aprendiendo a morir"), Miguel Doñoso Pareja ("Ahora empiezo a acordarme"), Carlos Bejar Portilla ("Mar abierto"). Entre los escritores de otras generaciones: Francisco Proaño Arandi ("El otro lado de las cosas"), Jorge Velasco Mackenzie ("En nombre de un amor imaginario"), Eliecer Cardenas ("Una silla para Dios"), Javier Vásconez ("El viajero de Praga"). Los sociólogos Alejandro Moreano y Milton Benítez publican novelas nostálgicas sobre los fallidos movimientos guerrilleros urbanos del Ecuador, como lo hizo hace algunos años Jorge Rivadeneira. El antropólogo Luis Zuñiga

publica dos interesantes novelas históricas "Mañuela" (sobre la famosa "Libertadora del Libertador") y "Rayo" (sobre el colombiano que asesinó a machetazos al "Santo del Patíbulo", Gabriel García Moreno). El pintor Ramiro Jácome publica la novela "Jardín de sueños". El diplomático Jaime Marchán publica la novela "La otra vestidura". Hasta el doctor Gonzalo Karolis, ex-presidente de la Corte Suprema de Justicia y abogado de los Tribunales de la República, publica una novela costumbrista, con elogioso prólogo de Edmundo Rivadeneira: "Guaharanga, la ciudad y sus gentes". Tal parecería que para escribir una novela en el Ecuador no se precisa ser necesariamente un escritor profesional. O que el ansia de novelar desborda todos los apetitos y todos los oficios. O que el talento está tan bien repartido por Dios en el país, como dijo irónicamente un poeta argentino, que no se ha concentrado ni se concentrará en un solo novelista.

Hay otros autores que también han publicado novelas en estos últimos años a las que lamentablemente no puedo comentar porque aún no las he leído. Me refiero a las dos novelas históricas de Juan Valdano, o las dos policiales (o negras, como ahora se las llama) de Santiago Páez o a la "surreal" de Fausto Corral, perdón por el verso.



Hay también dos narradores nacidos fuera del Ecuador pero radicados ya en el país desde hace muchos años: el español Juan Manuel Rodríguez y el colombiano Iván Ulchur, quienes han publicado varios textos narrativos en estas últimas dos décadas.

Entre las novelas publicadas por escritores jóvenes cabe mencionar "Tan lejos tan cerca" de Marcelo Báez y "Bestiario de cenizas" de Byron Rodríguez. Hay dos autores ecuatorianos radicados en París: Telmo Herrera y Rocío Durán, quienes también publican novelas en esta última década. He-

rrera obtiene con "Papá murió hoy" una mención del premio Nadal de España y escribe más tarde "La Cueva" (editada en una pequeña tirada de lujo) y "Lucero" (todavía inédita). Tres obras voluminosas que son un extraordinario ejercicio de la memoria y un intento, a ratos fallido por los defectos formales, de rescatar el lenguaje y las conductas de una generación perdida. Durán, en cambio, con un estilo más cuidado aunque menos atractivo y con fórmulas narrativas diversas, hace un homenaje (declaración de amor-odio a la "ciudad luz" donde vive desde ha-

ce muchos años) a la que titula: "París sueño eterno". En el género del cuento, que tan buenos cultores ha tenido el país desde hace algunas décadas, siguen apareciendo libros dignos de esa gran tradición ecuatoriana. Junto a la obra continúa y valiosa de los viejos y reconocidos cuentistas: Marco Antonio Rodríguez, Raúl Pérez Torres, Abdón Ubidia, Iván Eguez, Juan Andrade, Jorge Dávila Vásquez, Vladimiro Rivas, Carlos Carrión, aparecen libros de otros autores como: Iván Oñate (más conocido como poeta) quien publica "El hacha enterrada" (del cual se hacen varias ediciones y es, a mi juicio, uno de los mejores libros presentados en el Ecuador en este género); Huilo Ruales ("Fetiché y fantoche" con el que obtiene el premio Aurelio Espinosa Polít y "Maldejo" que se acaba de presentar en España); Modesto Ponce ("También tus arcillas"); Raúl Vallejo ("Fiesta de solitarios"); Leonardo Valencia Asogna ("La luna nómada"); Raúl Serrano ("Las mujeres están locas por mí"). Entre los más jóvenes vuelven a destacar las mujeres: Hilda Holst, Gabriela Alemán.

La poesía sigue disminuida con respecto a la narrativa, igual que en las dos últimas décadas. Sin embargo hay autores que han publicado importantes libros a

partir de 1990: Euler Granda, Julio Pazos, Iván Carvajal, Humberto Vinuesa, Ulises Estrella, Rubén Astudillo, Javier Ponce Cevallos, Alexis Naranjo, Fernando Balseca, Edwin Madrid. La editorial Eskeletra publica una antología en la que destacan los trabajos de Francisco Torres, Miguel Ángel Zambrano II, Ramiro Oviedo y Leopoldo Tobar. Las mujeres han alumbrado excelentes libros de poesía erótica: Margarita Laso, Aleida Quevedo, María Fernanda Espinoza, Maritza Cino. Entre los más jóvenes cabe mencionar los nombres de Paul Puma, Ernesto Proaño, Alfonso Espinoza.

La producción editorial ha cobrado también mayor auge, aunque ciertos connotados vendedores de libros piensen desde el mostrador del librero lo contrario. Las casas editoras con cierta tradición como Librimundi, El Conejo, Seix Barral-filial ecuatoriana, Abrapalabra, así como las editoriales de instituciones universitarias, casas de cultura, Banco Central han seguido presentando libros mejor cuidados y mejor trabajados, aunque en un número reducido de ejemplares y, a veces, sin el debido rigor en la selección de sus obras. Especial mérito tiene en esta última década y dentro de la perspectiva que hablamos el trabajo editorial realizado por el gru-

po Eskeletra; al que me referí anteriormente. Y es que esta editorial, formada y alentada por un grupo de escritores nacidos entre las décadas del 50 y 60, ha publicado en estos últimos años los libros de literatura más interesantes y de mejor factura de cuantos se han presentado en el país; y, sobre todo, ha permitido que autores nuevos aparezcan en el panorama de las letras ecuatorianas, llenando así un angustioso vacío producido por la inoperancia o la desaparición de políticas editoriales que antes existían en el Ecuador y que cumplían este papel; me refiero por ejemplo a la que llevó la Casa de la Cultura en las épocas de Benjamín Carrión o la Universidad Central en la época de Manuel Agustín Aguirre. Y no sólo se ha conformado el grupo Eskeletra con publicar estos libros magníficos sino que ha organizado con una tenacidad admirable encuentros internacionales de escritores y jornadas culturales en el exterior que el Estado y las grandes empresas privadas, con todo su poder, no han podido ni podrán realizar.

Sin embargo, como señalamos en otra parte de este trabajo y volviendo al tema que nos ocupa, toda esta producción valiosa de novelas, cuentos, poemarios es desconocida a nivel internacional. No hay un solo autor ecuatoriano

vivo que haya logrado colocar su obra al nivel de lo que han podido hacerlo autores latinoamericanos mucho más jóvenes como los señalados en otra parte de este trabajo. Ni siquiera un escritor de la talla de Jorge Enrique Adoum, cuyas obras principales se han editado en México y se han traducido a otros idiomas, y él mismo ha vivido en Francia y otros países por largos períodos, ha logrado entrar en el "círculo de los elegidos" y su valiosa obra poética, teatral, narrativa y ensayística (tiene alrededor de 23 libros publicados en estos diversos géneros) apenas es conocida fuera del Ecuador por círculos muy reducidos de literatos y estudiosos, interesados en la literatura latinoamericana. Si ello ocurre con Adoum ya podemos imaginarnos lo que le pasa a la producción de un narrador o poeta ecuatoriano contemporáneo de la cubana Zoe Valdez o del peruano Jaime Bayle, por ejemplo.

Las causas para el desconocimiento de la literatura ecuatoriana a nivel internacional bien merecerían un estudio específico; sin embargo vale la pena mencionar, aunque sea brevemente, algunas de las razones que, a mi juicio, producen ese aislamiento: la primera radica en el poco interés que nuestro país, al igual que muchos países del llamado Tercer Mundo,

despierta en el llamado "mundo desarrollado". El nombre del Ecuador suena en la prensa norteamericana y europea sólo cuando hay un escándalo de corrupción, un desastre natural o aéreo, un conato de guerra con el Perú. Los bailes y contorsiones de un presidente mamarracho y deshonesto tuvieron más aceptación en la prensa mundial que el trabajo tenaz de cien artistas verdaderos.

La segunda causa podría encontrarse en la mínima, casi nula, publicidad que las editoriales ecuatorianas dan a sus obras. Las escasas tiradas de mil ejemplares apenas se quedan, como dije, en otro trabajo, para consumo local. No hay ningún intento por abrirse siquiera a la Comunidad Andina. Hay ediciones de interesantes novelas que, aunque parezca increíble, no han circulado ni en el territorio ecuatoriano. Tercera causa: la falta de políticas culturales del estado y las empresas privadas. El apoyo que el estado y la empresa privada prestan a un autor ecuatoriano es casi inexistente. Hay "representantes" del Ecuador en el exterior que se "avergueñan" -yo lo he escuchado en varias ocasiones- de la producción literaria ecuatoriana y no hacen ningún esfuerzo por promoverla en los países en los cuales se encuentran acreditados. Algunos de estos céle-

bres, "representantes" tratan en cambio y desesperadamente de promover, las veinticuatro horas del día, su propia "obra completa" y copan con su "sabiduría" invitaciones a congresos, encuentros y debates en los que afirman entre otras maravillas: "La literatura ecuatoriana está en crisis después de los años treinta". O "los escritores ecuatorianos no progresan porque están absorbidos por una ideología totalitaria". Cuarta causa: el canibalismo que existe entre los propios ecuatorianos para aplastar a todo lo que parece sobresalir. La "ley del palo ensebado", tan bien descrita por Jorge Enrique Adoum en su libro: "Ecuador, señales de identidad" que debería ser promovido como libro de lectura obligatoria en todos los planteles del Ecuador. Este mal ha sido reconocido por el crítico francés Claude Couffon, quien alguna ocasión me decía: "La culpa del desconocimiento de la literatura ecuatoriana en el exterior, en gran medida la tienen los propios escritores ecuatorianos que se especializan en destrozarse a sí mismos". Quinta causa: la irregularidad de la mayoría de escritores ecuatorianos. Comienzan con obras magníficas, que llenan de esperanza a los lectores, y luego tienen unos bajos espantosos por su falta de rigor y de constancia, salvo aquellos

que tengan o crean tener la genialidad de un Rulfo o un Palacio, quienes produjeron una obra corta pero imprescindible. Un crítico aficionado al fútbol comparaba esta actitud de los escritores ecuatorianos con la de los futbolistas de las selecciones nacionales quienes comienzan "deslumbrando" en los primeros partidos y jamás logran llegar a las finales o clasifican a los mundiales.

Hasta la honestidad proverbial y maravillosa de los mejores escritores ecuatorianos quienes no han cedido a la moda y se han mantenido tercos en su producción y estilo de vida, buscando siempre desentrañar y afrontar los conflictos humanos o históricos del país, que poco interesan a la sociedad "globalizada" de fin de siglo, ha gravitado en ese poco conocimiento de su obra. Esa actitud les ha hecho perder ambición y "contactos" con las grandes casas editoras de Estados Unidos y Europa: Alicia Yanez Cossio, Miguel Donoso Pareja, Abdón Ubidia, Francisco Proaño, Iván Eguez, Raúl Pérez, Eliecer Cárdenas, Javier Vásconez, Jorge Velasco, Huiilo Ruales, por mencionar algunos nombres, bien merecen figurar entre los narradores más destacados de América Latina. Lo mismo que

Jorge Enrique Adoum, Efraín Jara, Julio Pazos, Iván Carvajal, Humberto Vinuesa, Javier Ponce, Iván Oñate, entre los poetas. Sus obras bien pueden estar, con sobra de merecimientos, entre las más conocidas y traducidas de la región y del mundo. Sin embargo son autores casi anónimos, pese a que algunos de ellos han editado parte de su obra en México o España, como hemos señalado anteriormente, y han obtenido galardones internacionales de importancia.

Finalmente cabe repetir lo que me contestó Alfredo Brice Echenique en una entrevista⁶ que le hice hace algunos meses en París, cuando vino a presentar la traducción de una de sus novelas: "Los escritores ecuatorianos no han sido conocidos afuera, simplemente porque no han tenido fortuna, no han tenido suerte afirmó categóricamente el novelista peruano. Yo mismo he llevado interesantes libros de autores que me han parecido magníficos a editoriales españolas y éstas no han demostrado ningún interés porque no les encontraron atractivo comercial", dijo el autor de "Un mundo para Julius".

París, agosto 1998

(6) Esta entrevista a Brice Echenique se publicará en el número 9 de la revista Eskeletra.